



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

Semana del 23 al 29 de febrero de 2020 (DOMINGO VII DEL TIEMPO ORDINARIO)

“Amen a sus enemigos”

1.- La Palabra de Dios

1ª Lectura: Lev 19,1-2.17-18: Amarás a tu prójimo como a ti mismo

Salmo: 102: El Señor es compasivo y misericordioso.

2ª Lectura: 1Cor 3,16-23: Todo es vuestro, vosotros de Cristo, y Cristo de Dios

Evangelio: Mt 5,38-48: Amad a vuestros enemigos

Monición: El fin último de toda religión consiste en la unión de la creatura con su Creador. De hecho, la palabra “religión” se refiere a *religar*, es decir a “reconectar”, precisamente, al alma con Dios; más allá de los caminos que cada credo trace o señale como “adecuados” para llegar a esa unión o reunificación; más allá de si esa unidad se dé sólo después de la muerte o ya desde esta vida, de si se realice de manera individual o particular o de modo colectivo, como parte de un “todo”, etcétera.

También con distintos ribetes, para las religiones monoteístas, se estima que esa unidad se alcanza por vía de la “santidad” o “justicia”, es decir, de la santificación, justificación o perfeccionamiento de la creatura, que, por ese medio, se acerca a su Creador.

La santidad, para los cristianos, se alcanza no sólo por el cumplimiento de ciertos mandatos, sino también por obra de la gracia de Dios, que nos llega por su misericordia y por la fe. Sin embargo, hay una porción de esfuerzo humano necesario, que consiste en el seguimiento de Cristo y de sus enseñanzas.

Podemos decir que, en el Evangelio que estamos a punto de escuchar, se sintetiza lo más profundo y a la vez lo más difícil de la enseñanza de Jesucristo, así que prestemos mucha atención, pidiendo al Señor que nos abra la mente y, sobre todo, el corazón. Nos ponemos de pie, por favor...

Del Santo Evangelio según San Mateo (Mt 5,38-48)

+++ Gloria a Ti, Señor

Ustedes han oído que se dijo: “Ojo por ojo y diente por diente.” Pero yo les digo: No resistan al malvado.

Antes bien, si alguien te golpea en la mejilla derecha, ofrécele también la otra. Si alguien te hace un pleito por la camisa, entrégale también el manto. Si alguien te obliga a llevarle la carga, llévasela el doble más lejos. Da al que te pida, y al que espera de ti algo prestado, no le vuelvas la espalda.

Ustedes han oído que se dijo: “Amarás a tu prójimo y no harás amistad con tu enemigo.” Pero yo les digo: Amen a sus enemigos y recen por sus perseguidores, para que así sean hijos de su Padre que está en los Cielos. Porque él hace brillar su sol sobre malos y buenos, y envía la lluvia sobre justos y pecadores.

Si ustedes aman solamente a quienes los aman, ¿qué mérito tiene? También los cobradores de impuestos lo hacen. Y si saludan sólo a sus amigos, ¿qué tiene de especial? También los paganos se comportan así. Por su parte, sean ustedes perfectos como es perfecto el Padre de ustedes que está en el Cielo.

Palabra del Señor / Gloria a Ti, Señor Jesús

2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

El Evangelio que acabamos de escuchar, en el marco del Sermón de la Montaña, nos lleva al núcleo del mensaje que Cristo ha venido a traer a la tierra: el ser humano debe amar sin medida, aún a los que le hacen daño, porque sólo de ese modo alcanzará la perfección para la cual ha sido creado por Dios.

La “Ley del Talión”, que está muy bien sintetizada en la frase: **“Ojo por ojo y diente por diente”**, y que tenía vigencia en los tiempos del Antiguo Testamento, enseñaba que era legítimo el desagravio de una ofensa recibida, ocasionándole al causante un mal de la misma magnitud o proporción al que él había causado originalmente. De hecho, “Talión” quiere decir “desquite”, “represalia” o “venganza”.

Se trataba de un principio jurídico de “justicia retributiva” en el que la norma imponía *un castigo idéntico al del crimen cometido*. De esta manera, no sólo se habla de una pena “equivalente”, sino de una pena idéntica. La expresión más extensa de la ley del talión es *“ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe”*, aparecida en el Libro del Éxodo (Ex 21,24-25).

Históricamente, constituye el primer intento por establecer una **proporcionalidad** entre el daño recibido en un crimen y el daño producido en el castigo a quien cometió ese crimen, siendo en realidad el primer **límite** que se



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

quiso poner a la venganza, en la historia de la humanidad.

Así pues, lo que hoy podría considerarse como un principio de salvajismo, en realidad trataba de poner cierto freno a la crueldad, porque buscaba *limitar el escarmiento a la medida “justa”, para evitar extralimitaciones en la represalia...* Reconozcamos que, por naturaleza o por falta de medida, por dolor o por lo que sea, a menudo el hombre quiere cobrarse dos ojos a cambio de uno y siete dientes por dos que perdió, ¿verdad...?

Sin embargo Jesús, que ha venido a hacer todo de nuevo, con sus enseñanzas quita vigencia a la “ley del talión”, pues nos dice: **“No resistan al malvado”**, y nos brinda tres ejemplos de cómo podría cumplirse con este propósito...

Son tres ejemplos que, aún hoy, con toda la civilidad, con todo el supuesto “progreso” que debiera haberse alcanzado en materia moral, durante los dos mil años que transcurrieron desde que Cristo estaba entre nosotros, con toda la sociabilidad, la cortesía y el desarrollo de las buenas costumbres, sigue pareciéndonos algo casi imposible de practicar:

- 1.- Si alguien te golpea en la mejilla derecha, ofrécele también la izquierda.
- 2.- Si alguien te hace un pleito por la camisa, entrégale también tu manto.
- 3.- Si alguien te obliga a llevarle la carga, llévasela el doble más lejos...

Entonces uno puede con justicia preguntarse: Si actuó así, ¿dónde estarían mis “derechos”? ¿Dónde quedaría mi dignidad? ¿Dónde estarán mi honor y mi honra...?

Frente a esas preguntas, en las que resalta tanto el “mi”, podríamos contestar con otra pregunta: ¿Qué, no oíste acaso que Jesús dijo: “el que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo”...? ¿De dónde sale entonces tanto “mi”, “mi”, “mi”, si al negarte ya no queda lugar para tanto “tu”...?

Continuando con la comparación directa, con la antítesis entre lo que enseñaba la antigua Ley y la tradición a los judíos, y lo que Jesús nos quiere enseñar, el Señor nos dice: **“Amen a sus enemigos y recen por sus perseguidores, para que así sean hijos de su Padre que está en los Cielos.”**

Y luego agrega, aunque con otras palabras: “Los publicanos y los paganos (entiéndase con esto: los seres más bajos en la escala humana, ante los ojos del pueblo judío creyente) sólo aman a quienes los aman, y saludan sólo a sus amigos, pero ustedes tienen que ser distintos, pues tienen que ser **perfectos**, como es perfecto su Padre que está en el Cielo...”

¿Qué significará entonces esa perfección?

En el inicio de su primera Encíclica “Deus caritas est”, sobre el amor cristiano, nuestro Papa Emérito, Benedicto XVI, citando la Primera Carta del Apóstol San Juan, nos da luz para comprender bien de qué se trata este asunto, escribiendo: *“Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él” (1Jn 4,16). Estas palabras de la Primera carta de Juan expresan con claridad meridiana el corazón de la fe cristiana: la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen del hombre y de su camino...”*

Pero resulta que la perfección no se alcanza con el simple ejercicio de la propia naturaleza; es decir, el perro no es perfecto simplemente por ser perro, como el publicano no será perfecto por amar sólo a los que le aman. *Lo que lleva a la perfección al hombre es su capacidad de amar con amor de ágape*, que es aquel que no busca el propio bien, sino exclusivamente el bien del ser amado; aquel que le impulsa a uno a ir incluso en contra de sí mismo, sólo por amor al otro.

En la misma Encíclica, el Papa Benedicto nos explicaba ampliamente de qué se trata este **“amor de ágape”**, pero además nos daba pistas claras para entender la perfección de Dios, a la Luz de ese Misterio:

“La verdadera originalidad del Nuevo Testamento –nos dice– no consiste en nuevas ideas, sino en la figura



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

misma de Cristo, que da carne y sangre a los conceptos: un realismo inaudito. Tampoco en el Antiguo Testamento la novedad bíblica consiste simplemente en nociones abstractas, sino en la actuación imprevisible y, en cierto sentido inaudita, de Dios. Este actuar de Dios adquiere ahora su forma dramática, puesto que, en Jesucristo, el propio Dios va tras la «oveja perdida», la humanidad doliente y extraviada.

Cuando Jesús habla en sus parábolas del pastor que va tras la oveja descarriada, de la mujer que busca el dracma, del padre que sale al encuentro del hijo pródigo y lo abraza, no se trata sólo de meras palabras, sino que es la explicación de su propio ser y actuar. En su muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical.” (DCE N° 15. Roma, 25 de diciembre de 2005)

Esa capacidad para sorprendernos con su amor es lo que nos maravilla de la perfección de Dios. Nos sorprende que haya venido y haya muerto especialmente por los más pecadores, que son precisamente quienes más le ofenden, pero también quienes más le necesitan.

La perfección alcanza su plenitud cuando la Misericordia sobrepasa la Justicia, cuando se practica la verdadera caridad.... Por eso, en cierto momento de la Liturgia de la santa Misa, pedimos a Dios que lleve a su Iglesia “a la perfección por la caridad” (Misal Romano).

Pero... ¿Qué es la caridad? El Catecismo nos dice que la caridad “*es la virtud teologal por la cual amamos a Dios sobre todas las cosas, por Él mismo, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos, por amor de Dios*”. (CIC c. 1822)

Igualmente, el Catecismo nos enseña que “*la práctica de la vida moral, animada por la caridad, da al cristiano la libertad espiritual de los hijos de Dios*.” De tal manera que el hombre no se halla ante Dios como un esclavo, en el temor servil, ni como el mercenario, en busca de un sueldo, sino como un hijo, que responde con amor y gratitud al Amor del “que nos amó primero” (1Jn 4,19).

Para alejarnos del mal, y hacer el bien, podemos inspirarnos en tres motivos, como lo enseñaba San Basilio:

“O nos apartamos del mal por temor del castigo, y estamos en la disposición del esclavo, o buscamos el incentivo de la recompensa, y nos parecemos a los mercenarios, o finalmente, obedecemos por el bien mismo del amor del que manda... y entonces estamos en la disposición de hijos de Dios” (Cfr. CIC c. 1828)

En su Carta Encíclica “**Dives in Misericordia**”, sobre la riqueza de la Misericordia de Dios, Juan Pablo II expresaba que Cristo hace presente al Padre, se hace un signo visible de Él, en particular por el amor que manifiesta a los que sufren y a los que pecan, y de esta manera se hace posible ver la actuación de Dios en medio del mundo. (Cfr. DM N° 15).

Nosotros, como miembros del Cuerpo Místico de Cristo, como integrantes de Su Iglesia, tenemos que constituirnos también en signos visibles de ese Dios que es capaz de amar sin medida, que es capaz de entregarse a Sí mismo para salvar a los que más le ofenden...

Por eso, es un requisito fundamental para seguir a Cristo el negarse a sí mismos, porque quien no es capaz de negarse, quien vive encerrado en las auto-consideraciones (en el “me hizo”, “me dijo”, “no me dio”, etcétera) no tiene la capacidad de amar como Cristo nos ama; no tiene la capacidad de “perdonar las ofensas”, como quiere que Dios le perdone las suyas...

La misericordia, cuya expresión más elemental es el perdón, es la base de la fe cristiana. Sin la capacidad de perdonar y de amar, el cristianismo vuelve a constituirse en una religión de “formas”, como la que practicaban los fariseos y la que enseñaban los maestros de la Ley; así es como vamos a presentar nuestras ofrendas, y tenemos pendientes decenas de cosas con nuestros hermanos... ¿y queremos que estas ofrendas sean agradables a Dios...?



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

Por eso el Señor nos decía en el Evangelio de la semana pasada: *“Yo se lo digo: si no hay en ustedes algo mucho más perfecto que lo de los fariseos, o de los maestros de la Ley, ustedes no pueden entrar en el Reino de los Cielos.” (Mt 5,20)*

¿Cuándo seremos capaces de “despertar”, de salir de nosotros mismos y de hacer que nuestras ideas de “justicia” sean superadas por nuestra misericordia? Porque la síntesis del Evangelio que releímos hoy es esa: nuestra Misericordia debe ser mayor que nuestra “idea de justicia”. Desde el Antiguo Testamento, a través de Isaías, nos dice Dios: **“Misericordia quiero, no sacrificios”**... No tanto golpecito de pecho, no tanta manifestación externa de religiosidad, no tantos signos de piedad y más amor de veras, amor del bueno.

En la primera lectura de este domingo veíamos que ya desde el libro del Deuteronomio, Dios nos muestra la ley del amor: *“No odies a tu hermano ni en lo secreto de tu corazón (...) Ama a tu prójimo como a ti mismo. Yo soy el Señor” (Lev 19,17-18).*

Ese “amor de veras”, que estamos llamados a practicar, es el que describe San Pablo como “caridad” en la Primera Carta a los Cristianos de Corintio, capítulo 13, de la que veremos un breve resumen a continuación.

3.- Preguntas para orientar la reflexión: *(Leer pausadamente cada inciso, y dejar un instante de silencio después de cada pregunta, para permitir la reflexión de los hermanos)*

- a) ¿Puedo decir frente a Dios que de veras amo a todos mis hermanos, y que perdono de corazón sus ofensas?
- b) Cuando alguien en mi familia o en mi comunidad comete un error o una falta, ¿lo corrijo con amor y misericordia y lo perdono para siempre? ¿Cuánto tiempo tardo, antes de hablar con él o ella sobre el problema que tenemos pendiente?
- c) En las reuniones de trabajo o Apostolado, ¿actúo como lo haría Cristo, o me ocupo de “maniobrar”, a veces mentir o fingir para conseguir mis propósitos, mis intereses, lo que yo creo y quiero...?
- d) La pobreza de espíritu, que es la virtud que estamos llamados a practicar este mes, supone la predisposición a perdonar todas las ofensas recibidas ¿Tengo pendiente alguna ofensa que me hayan hecho y que aún no perdoné? Si es así... ¿qué estoy esperando para hacerlo? Si no perdono al que me ofendió, nunca le podré amar.
- e) ¿Cuál es la principal enseñanza que podemos extraer de lo que hemos visto hasta este momento, en la reunión de la casita de oración de hoy? Hacer que cada uno dé su opinión al respecto.

4.- Comentarios de los hermanos: *Luego de un momento de silencio se concederá la palabra a los integrantes de la Casita para que expresen sus opiniones. Se buscará la participación de todos.*

5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo. Cánones 826 - 1822-1829 -1931-1933 – 2844

826: La caridad es el alma de la santidad a la que todos están llamados: “dirige todos los medios de santificación, los informa y los lleva a su fin” (LG 42):

Comprendí que, si la Iglesia tenía un cuerpo, compuesto por diferentes miembros, el más necesario, el más noble de todos no le faltaba, comprendí que la Iglesia tenía un corazón, y que este corazón estaba ARDIENDO DE AMOR. Comprendí que el Amor solo hacía obrar a los miembros de la Iglesia, que, si el Amor llegara a apagarse, los Apóstoles ya no anunciarían el Evangelio, los Mártires rehusarían verter su sangre... Comprendí que EL AMOR ENCERRABA TODAS LAS VOCACIONES, QUE EL AMOR ERA TODO, QUE ABARCABA TODOS LOS TIEMPOS Y TODOS LOS LUGARES... EN UNA PALABRA, QUE ES ¡ETERNO! (Santa Teresa del Niño Jesús, ms. autob. B 3v)

1824: Fruto del Espíritu y plenitud de la ley, la caridad guarda los mandamientos de Dios y de Cristo:

“Permanezcan en mi amor. Si guardan mis mandamientos, permanecerán en mi amor” (Jn 15,9-10; Cfr. Mt 22,40; Rom 13,8-10).

1825: Cristo murió por amor a nosotros cuando éramos todavía enemigos (siervos del pecado). El Señor nos pide que amemos como Él hasta a nuestros enemigos, que nos hagamos prójimos del más lejano, que amemos a los niños y a los pobres como a Él mismo (Cfr. Mt 25,40.45).



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

El apóstol San Pablo ofrece una descripción incomparable de la caridad: “La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es vanidosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta (1Cor 13,4-7).

1826: “Si no tengo caridad -dice también el apóstol- nada soy...”. Y todo lo que es privilegio, servicio, virtud misma... “si no tengo caridad, nada me aprovecha” (Cfr. 1Cor 13,1-3). La caridad es superior a todas las virtudes. Es la primera de las virtudes teologales: “Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad” (1Cor 13,13).

1827: El ejercicio de todas las virtudes está animado e inspirado por la caridad. Esta es “el vínculo de la perfección” (Col 3,14); es la forma de las virtudes; las articula y las ordena entre sí; es fuente y término de su práctica cristiana. La caridad asegura y purifica nuestra facultad humana de amar. La eleva a la perfección sobrenatural del amor divino.

1829: La caridad tiene por frutos el gozo, la paz y la misericordia. Exige la práctica del bien y la corrección fraterna; es benevolencia; produce la reciprocidad; es siempre desinteresada y generosa; es amistad y comunión: La culminación de todas nuestras obras es el amor. Ese es el fin; para conseguirlo, corremos; hacia él corremos; una vez llegados, en él reposamos (San Agustín).

1931: El respeto a la persona humana pasa por el respeto del principio: “Que cada uno, sin ninguna excepción, debe considerar al prójimo como ‘otro yo’, cuidando, en primer lugar, de su vida y de los medios necesarios para vivirla dignamente” (Gaudium et Spes 27,1). Ninguna legislación podría por sí misma hacer desaparecer los temores, los prejuicios, las actitudes de soberbia y de egoísmo que obstaculizan el establecimiento de sociedades verdaderamente fraternas. Estos comportamientos sólo cesan con la caridad, que ve en cada hombre un “prójimo”, un hermano.

2844: La oración cristiana llega hasta el perdón de los enemigos. Transfigura al discípulo configurándolo con su Maestro. El perdón es cumbre de la oración cristiana; el don de la oración no puede ser acogido más que en un corazón acorde (coherente) con la compasión divina. Además, el perdón da testimonio de que, en nuestro mundo, el amor es más fuerte que el pecado. Los mártires de ayer y de hoy dan este testimonio de Jesús. El perdón es la condición fundamental de la reconciliación de los hijos de Dios con su Padre y de los hombres entre sí (Cfr. Juan Pablo II, DM 14).

1932: El deber de hacerse prójimo de los demás y de servirlos activamente se hace más acuciante todavía cuando éstos están más necesitados en cualquier sector de la vida humana. “Cuanto hicieron a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicieron” (Mt 25,40).

1933: Este mismo deber se extiende a los que piensan y actúan diferentemente de nosotros. La enseñanza de Cristo exige incluso el perdón de las ofensas. Extiende el mandamiento del amor, que es el de la nueva ley, a todos los enemigos. La liberación en el espíritu del Evangelio es incompatible con el odio al enemigo como persona, pero no con el odio al mal que hace como enemigo.

6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:

CM-56 hijos Míos, es señal de adhesión a Mí el recibir insultos o ataques, pero el desanimarse equivale a ceder frente al enemigo.

¡Santa locura el recibir una bofetada y presentar la otra mejilla...! Para ejercitarlos en esa locura, invento muchos géneros de bofetadas. Yo no propino las bofetadas, ciertamente, pero Me sirvo de ciertos abofeteadores muy útiles a Mí y a ustedes, porque ninguno debe vivir inútilmente para Mi Reino, y el que se opone a él y de hecho se opone, quedará muy mal parado el día que le haga ver cuánto ha contribuido a acrecentar el bien, mientras intentaba o creía hacer el mal.

¿No hice así con Judas? En efecto, su traición vino a ser la salvación de muchísimos millones de hombres. Gastó sus treinta denarios para ingresar al infierno, pero de su traición Yo saqué Mi Gloria y la salvación personal de ustedes.



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)

7.- Virtud del mes: Pobreza espiritual (Catecismo de la Iglesia Católica: 520—2544—2545—2546)

Esta Semana veremos el canon 2546, que dice lo siguiente:

2546 “Bienaventurados los pobres en el espíritu” (Mt 5,3). Las bienaventuranzas revelan un orden de felicidad y de gracia, de belleza y de paz. Jesús celebra la alegría de los pobres, a quienes pertenece ya el Reino (Lc 6,20): El Verbo llama “pobreza en el Espíritu” a la humildad voluntaria de un espíritu humano y su renuncia; el apóstol nos da como ejemplo la pobreza de Dios cuando dice: “Se hizo pobre por nosotros” (2Cor 8,9) (San Gregorio de Nisa).

Y La Gran Cruzada nos dice al respecto:

CM-112 Feliz tú si te esfuerzas por imitarme, subiendo por ciertos peldaños que dan la sensación de descenso. Feliz tú, alma redimida, si Me sigues al monte de las Bienaventuranzas, no con simple contemplación de Mi Sabiduría divina, sino con la diaria aceptación de las necesarias contradicciones, para hacer Mi Palabra operante en ti...Te digo que serás feliz no sólo en el Cielo sino en la tierra, porque Yo mismo te daré testimonio interior y también exteriormente.

8.- Propósitos Semanales: Revisar los de la semana anterior y tomar nota:

Con el Evangelio: Esta semana reflejaré en mi vida la mansedumbre que Jesús me pide, que es la misma que tuvo Él frente a sus enemigos, y perdonaré de corazón ante Dios a todos aquellos que me hayan ofendido alguna vez.

Con la virtud del mes: Pediré al Señor con insistencia que grabe en mi alma las bienaventuranzas, para hacer de ellas una parte fundamental de mi diario vivir.

9.- Comentarios finales: Se concede nuevamente la palabra a los hermanos para referirse brevemente a los textos leídos o a cualquier otro tema de interés para la Casita, el Apostolado o la Iglesia, en general.



Catequesis de Casitas de oración (para adultos)